

**CUENTO N° 182**

**TÍTULO: UN FALTE MUY PARTICULAR**

**SEUDÓNIMO: ANTARAH IBN SHADDAD**

**AUTOR: ANTONIO SEBASTIÁN RABAJILLE DIUANA**

### **Un falte muy particular**

Santiago, calle Sotomayor al llegar a Romero, a mediados de los años 20, época en la que transcurre esta historia, un barrio muy modesto, bueno, la capital de la república era un poco más que un pueblo semirural, muy rústico, no llegaba a las ochocientas mil almas y el país no llegaba a los cuatro millones.

En uno de los caserones de gruesos muros de adobe, un domingo de diciembre muy temprano, se pudo escuchar el siguiente diálogo:

*-Facundo, engancha al alazán en el carro*

*-como diga don Abraham, imagino que vamos p'al lado de Lampa o Colina*

*-imaginaí bien, pero no andes gritándolo por ahí*

*-¡que es vivaracho este patroncito!, yo soy tumba, voy a buscar una de mis huascas, la regalona....*

El alazán, a pesar de su feo aspecto, pues había perdido parte de una oreja a causa de un mordisco, el cual luego de ser embarrado exprofeso quedaba convertido en un monumento a la fealdad casi digno de lástima, antes había sido un rocín, su presente nada indicaba de su glorioso pasado. Por su parte, Facundo el “ayudante”, un petiso con cara de poco avisado, también conoció de tiempos mejores, hoy piernas arqueadas y de andar dificultoso, por culpa de varios accidentes en una larga carrera de jinete, con menos que regular suerte en los hipódromos centrales.

Sumado al metro noventa de estatura de don Abraham, esta troupe debió conformar lo que llamaríamos un trío de miedo.

Pero me voy a detener un poco en el “patroncito”, éste don Abraham, como dije hombre muy alto, delgado, nariz aguileña, frente despejada, ojos profundamente celestes, de verlo no se parecía a lo que definiríamos como el chileno medio. Con solo escucharlo hablar se confirmaba que no era de acá, tenía un acento que a veces parecía el de un argentino con un dejo raro, una pronunciación extraña....No era de extrañar, pues había nacido en un lejano pueblo del medio oriente, en las postrimerías del siglo pasado...Una precisión: para efectos de esta historia, para el tiempo presente, dos siglos atrás, terminando el siglo XIX. Por esas circunstancias de la vida, principalmente a causa del violento cambio de política del imperio turco, que históricamente había protegido a los “pueblos del libro”, esto es a musulmanes, judíos y cristianos, endureció las leyes contra estos últimos, con normas abusivas y crueles, lo que provocó el éxodo de muchas familias árabes cristianas, obligadas a dispersarse por el mundo. Principalmente los más aptos para migrar, los más jóvenes...despojando de savia nueva a esos países tan antiguos.

Y don Abraham pisaba suelo americano por primera vez en 1893, acompañado de sus padres y su hermana Mariana...buscando una nueva vida, venían a “hacerse la América”. Vivieron en Rosario, Argentina hasta que en 1906 vuelve acompañado de un primo a buscar novia a su natal Homs, Siria, donde los primos encuentran dos hermanas, se casan y se las traen a este continente de promesa. Al otro lado de la cordillera don Abraham trabaja, como la mayoría de los emigrantes del Levante, como un vendedor ambulante, un “*falte*” (traigo lo que le falte....), hasta que tuvo

que salir, rápidamente de la ciudad, y del país, se comenta que por un problema de faldas....

Pero lo tenemos instalados en la básica capital de los años 20, trabajando en el mismo rubro, vendiendo su mercadería en una carreta por los campos aledaños....., con dos hijos sobrevivientes de cinco nacidos, con muchas necesidades, pero más discurre un hambriento que un letrado. Veamos qué se trae entre manos este avezado buhonero.

El plan era aparecerse en su carreta, en las zonas rurales aledañas a la capital, donde existía la costumbre de competir en carreras “a la chilena”, generalmente en los fines de semana, se ponía a ofrecer su mercadería, el cuantuy de ropa, menaje, chucherías que acarreaba en cajas y bolsas, y como quien no quiere la cosa, se metía en el tema de las carreras, haciendo comentarios ingenuos, mostrándose despistado, desconocedor del asunto, y muy pronto empezaba el toreo y los dimes y diretes.

*-qué van a ser tan buenos estos caballos, corriendo con una pata amarrada me los gano...*

*-miren al turco entrometido, vuelva a sus peinetas y percales...*

*-si no parecen caballos, parecen burros, si hasta me atrevería a correrles con este matungo....*

*-con ese.....supongo que el muy insolente no estará hablando en serio...si apenas arrastra las patas...*

*-parece, Facundo, que son un poco miedosos estos huasos brutos.*

*-miren el turco descarado, habrase visto semejante atrevimiento...*

*-a ver Facundo, ¿te animai a correrles con el alazán...?*

*-p'tas don Abraham, usted sabe que al pobre le duele hasta el pelo...*

*-¡qué me salió cobarde este petiso...bájate y sácalo de las varas!*

*-ta' bien ta' bien...donde manda capitán...*

*-le vamos a cerrar la boca al turco...*

Esto tenía el efecto de un verdadero ají en el orgullo de los huasos y en pocos minutos estaba concertada la carrera. Al alazán al serle sacado los aperos, y el ayudante al bajarse del carro, sufrían una metamorfosis maravillosa, al estilo de la calabaza y las ratas en La Cenicienta, transformándose en lo que realmente eran: una pareja de jinete y caballo de carrera. Y no cualquier caballo, era de esos rápidos, de los de veintiuno en los cuatrocientos. El resultado final era previsible, a cobrar don Abraham y a dejar pasar un poco de tiempo para repetir la gracia a otro pueblo.

Don Abraham era un verdadero personaje de la hípica, jugador como ninguno, y del cual se contaban sabrosas historias, muchas de ellas eran verídicas, y otras no tanto. La más celebrada, narrada innumerables veces en los corrillos hípicos es la anterior...

Tuvo mucha fortuna, se ganó El Ensayo el año 1937 con su yegua Rosarina, con sus colores stud "El Rosarino", ambos nombres en homenaje a las primeras tierras americanas que lo acogieron, casaquilla que hasta el día de hoy lucen ejemplares que compiten en nuestras pistas hípicas.